

CABALLEROS DE FORTUNA

José Martínez Torres*

PRESENTACIÓN

Los cinco textos que se presentan a continuación se gestaron durante la lectura de libros de aventuras como los de Daniel Defoe, Robert Louis Stevenson, Emilio Salgari y Marcel Schwob, quienes establecieron lo que podría llamarse el canon de la piratería; otros autores como Philip Gosse o Hugo F. Rankin demostraron la existencia histórica de esos legendarios “caballeros de fortuna”, sin soslayar su tradicional dimensión de crueldad y de arrogancia. Ambos tipos de texto tienen la amenidad y la diversión entre sus valores principales.

Ahora bien, los Barbanegra, Mainwaring, Avery, Exquemelin, Boney y Read que se recrean en estos relatos no ambicionan alcanzar la forma narrativa de la historiografía –aun cuando revelan fuentes de este tipo en las notas que se incorporan–, pues la atención principal está en su caracterización, a la manera en que procedió el citado autor de *Vidas imaginarias*, con ese mismo propósito, menos documental que literario y humorís-

tico. Se eligieron precisamente estos cinco personajes por sus posibilidades narrativas: su plasticidad y extravagancia; por los cómicos excesos en sus acciones.

BARBANEGRA¹

Edward Teach bautizó su principal embarcación con el nombre de *Anne’s Revenge*. Estaba provista con almacenes de todo tipo y en la cubierta ostentaba la fuerza de sus cuarenta cañones, algo que ni siquiera tenían los buques de la reina de Inglaterra.

El estandarte de oscura seda con la emblemática calavera plateada al centro, cruzada por dos enormes tibias, resultó poco para Teach: los adversarios debían verse paralizados de terror nomás de verlo y experimentar un intenso escalofrío desde antes de enfrentarlo, así que entonces decidió autonombrarse Barbanegra, ya que se había dejado crecer una tupida barba negra que le comenzaba en los pómulos, cubría el rostro y el cuello y llegaba a rozar con las puntas el abdomen.

* Profesor, Universidad Autónoma de Chiapas.

¹ Los datos de este relato se obtuvieron del texto de Philip Gosse, *Historia de la piratería*.

Tan larga, oscura y espesa era la barba, que requería dividirla en tres partes, una al centro y dos más a los lados. Esta masa negra de pelos remataba con cintas de colores en las puntas. Algunos de aquellos fragmentos de densa y áspera materia iban sujetos encima de las orejas, con el objeto de acentuar más su presencia terrorífica.

Barbanegra fue un especialista de la teatralidad. Sobre los hombros iba un ancho cinturón de cuero, que le cruzaba el torso y del que pendían cuatro largas pistolas. Alrededor de la cintura, disponía de toda suerte de puñales, y un alfanje. Inventó los más diversos ritos para antes de emprender los combates, como el de pegar a su sombrero pequeños trozos de fósforo, que al calor del combate envolvían su cráneo con un hálito de humo y luminosidad.

Para sus contemporáneos fue una cantidad inmensa de cabellos que atemorizó las costas de América como un terrible meteoro, como el más funesto cometa que haya podido aparecer desde mucho tiempo atrás.

En su *Diario de a bordo* rebela la anarquía de su comunidad:²

Los marinos se encuentran muy sobrios. ¡Qué infernal confusión se apodera de nosotros! Algunos conspiran, otros hablan de separarse, en tanto yo abro los ojos hacia el mar, en busca de alguna víctima.

² Entre los miembros de la tripulación de Barbanegra iba también el mayor Stede Bonet, que inspirara a Marcel Schwob el relato espectacular del juicio que le impusieron antes de ahorcarlo, inútil como los crímenes de su capitán y penoso como el destino de los que navegaron con Edward Teach. Ver Marcel Schwob: *Vidas imaginarias*.

Más adelante llega el alivio: “Capturamos por fin una embarcación repleta de vinos. Ahora tengo a todos bebiendo y a todos en orden”.

Una noche en que jugaba a los dados con Henry Lieven –mejor conocido como Hands por la descomunal dimensión de sus manos–, el segundo de a bordo, y otros piratas, de pronto cruzó los brazos y tomó una pistola de cada lado; apagó con un poderoso soplo las velas de los candelabros que pendían del techo del camarote, y en plena oscuridad descargó cinco pistoletazos, uno de las cuales recibió su propio lugarteniente, suceso que lo llevaría a usar, a cambio, una de palo el resto de sus días.

—Entiéndeme, Hands –suplicó Barbanegra–, entiéndeme y discúlpame, pero como el dirigente de la empresa debo asegurar mi autoridad ante estos maleantes, no sea que un día se quieran olvidar de quién es el que manda.

EL MANUAL DE PIRATERÍA DEL CAPITÁN MAINWARING³

Henry Mainwaring procedía de la aristocracia de Shropshire. Estudió en Oxford y ejerció como abogado, pero la vida lo llevó a cambiar de oficio y fue comerciante, militar, capitán de un regimiento, pirata, y escritor, y estas dos últimas actividades llegaron a convertirlo en una leyenda.

Hacia 1603, al finalizar la época isabelina, Jacobo I se encontró con que no había empleo para sus hombres de guerra, de suerte que los ricos se sustentaron con lo que tenían, mientras que los pobres se

³ Este texto se conformó con la información que ofrece Daniel Defoe en *Historias de piratas*.

dedicaron a asaltar barcos. John Smith, que a la inversa de Maiwaring de escritor se volvió pirata, señala que algunos lo hicieron al verse abandonados por quienes habían ayudado a hacer fortuna; otros porque no podían obtener lo que les parecía debido: al conocer la opulencia, ya no podían aceptar la pobreza; otros lo hicieron por vanidad, para hacerse de un nombre, y otros más por envidia, venganza o aberración.

Antes de volverse a la vida sedentaria, Mainwaring surcó los mares y atracó cuantas naves españolas se pusieron enfrente. España y Francia le ofrecieron fortuna y perdón, si aceptaba abandonar sus robos y sus crímenes. Jacobo I también despachó a su embajador ofreciendo a Mainwaring una serie de prebendas y un cargo en el gobierno.

El abogado de Oxford optó por la alternativa inglesa. El 9 de junio de 1616 quedó asentado en actas: “el capitán navegador fue perdonado junto con los miembros de su tripulación, bajo el gran sello de Inglaterra, en presencia de su majestad”. Fue nombrado gentil hombre de cámara. Con el tiempo se convirtió en el hombre fuerte del rey, que apreciaba su experiencia y consejos en materia de navegación y gustaba de escuchar sus aventuras.

Mainwaring solicitó un cargo más alto y conveniente, el de “Comandante del Castillo de Troves y gobernador de los Cinco Puertos”. Cuatro años más tarde era ya Miembro del Parlamento y se dedicó a componer su libro, cuyo manuscrito se encuentra resguardado en el Museo Británico y ostenta el siguiente título: *Sobre los comienzos, costumbres y supresión de los piratas*. La dedicatoria al monarca incluye la consabida frase “al rey

celestes cuya clemencia sobrepasa todas sus obras”.

En su manual explica las causas por las que un marinero se vuelve a la piratería: por hambre y pobreza, por el desempleo y por Irlanda, “fuente de donde brota toda clase de forajidos y sitio en donde encuentra comodidades para reparar barcos y aprovisionarse”.

Mainwaring se hizo de un lujoso despacho en la punta de un faro, desde donde observaba los movimientos de las naves y establecía su estrategia. “Irlanda es la tierra de los zorros”, se decía, “una vez arrinconados, es cosa fácil soltar a los perros y darles muerte”. Envió una expedición al mando de otro pirata arrepentido, Sir William Monson, con instrucciones de llegar a las guaridas secretas y mencionar el nombre de Mainwaring para tener acceso.

A su vez, Monson razonaba: “puesto que una banda debe ser gobernada por una cabeza, la manera más fácil de desbaratar a los que la conforman es quitándoles la cabeza”. En el puerto de Boadhaven interceptó tres barcos. El capitán de esta congregación, ya absuelto otras veces, fue ahorcado —en parte para corroborar la eficacia de la horca, ya establecida oficialmente en Inglaterra.

Jacobo I había hecho una buena inversión al comprar la experimentada inteligencia de Mainwaring, que propició una desbandada: los piratas renunciaron en un número cada vez mayor, sobre todo los que vieron su oportunidad de volverse respetables, como el capitán Eaton, quien asaltó una escuadra española, con el botín compró un palacio y vivió en el lujo hasta que lo alcanzó una muerte tranquila y honorable, o Sir Francis Verney, que

también renunció al crimen cuando ya era el dueño de una cantidad considerable de bienes, producto de sus recientes atracos. La diferencia entre Eaton y Verney fue que éste todo lo derrochó y después vagó en la pobreza por Europa; muchas veces se batió en duelo y en todas salió ganando; se alistó en la compañía de Philip Gifford y en Argel se convirtió al Islam. Más tarde fue hecho prisionero y remó en esclavitud a bordo de una galera siciliana. El explorador Lithgow lo encontró enfermo, viejo y en un lamentable estado, atendido en un hospital para menesterosos, en Mesina. Cuando murió, enviaron a Inglaterra sus efectos personales, que consistían en una moneda antigua y en un retrato al óleo en el que aparece con túnica y turbante. Ambos se conservan en el museo de su pueblo, Claydon, cercano de Buckinghamshire.

Mainwarin menciona en su libro que Verney en realidad se había integrado a la piratería para escapar de la tiranía de su esposa.

CAPITÁN JOHN AVERY, ALIAS HENRY AVERY, ALIAS LONG JOHN BRIDGMAN, ALIAS LONG BEN, CAPITÁN AFORTUNADO⁴

Fue educado en el arte de la marinería y a los diecisiete años obtuvo su primera embarcación pirata, con la que secuestró un barco portugués y dio inicio a su fama y a su fortuna.

Más tarde se aventuró hasta las costas arábigas, donde cañoneó y apresó, sin saberlo, el barco en el que viajaba el gran

Mogol junto con los altos funcionarios de su gobierno, que iban en una peregrinación por agua hacia la Meca.

Los piratas llevaron los tesoros musulmanes a sus barcos y decidieron indultar a esos mahometanos que se conducían con demasiada dignidad: tal vez sus pertenencias hasta fueran legítimas. La noticia conmocionó Europa tanto como al cercano Oriente, pues el gran Mogol proclamó que rastrearía y desaparecería cuanto europeo encontrara cerca de sus territorios, fuera o no fuera inglés, fuera o no fuera pirata. Avery aseguró en ese momento su leyenda y el surgimiento de incontables historias en torno de ésta y otras hazañas.

La amenaza árabe condujo a la horca a muchos piratas que ni siquiera anduvieron cerca durante el secuestro. Cuando Avery percibió la magnitud del atraco, para no despertar sospechas propuso depositar todo en un cofre gigantesco sellado con cuatro cerraduras; que el jefe de cada barco conservara una llave; se reunirían después en la isla de Madagascar y harían la repartición. Todos estuvieron de acuerdo.

Avery nunca tuvo en mente ir a Madagascar. Zarpó a Irlanda. Al tocar tierra, abrió el cofre de cuatro pistoletazos. A los piratas de su barco (que también se llamaba Avery) los persuadió con la evidencia del oro y con la grandeza que los esperaba.

Mientras tanto, en el lugar acordado, los tripulantes de los otros barcos tenían la ilusión de que la marea nocturna hubiera desviado al Avery. Estuvieron anclados durante muchos días hasta que tuvieron que resignarse y establecerse en tierra. Construyeron tiendas con las velas de las embarcaciones.

⁴ El texto parte de los libros citados de Daniel Defoe y Philip Gosse, y del de Hugo F. Rankin: *La edad de oro de la piratería*. Véase también Rudyard Kipling, *Captains Corageus*.

En Madagascar había pequeños feudos que luchaban entre sí. Cada diminuto reino comenzó a codiciar la alianza con los piratas defraudados, pues contaban con armas desconocidas, pólvora, rifles y pistolas. A los prisioneros de guerra los hicieron esclavos, mientras que los aliados cazaban y recolectaban por ellos. Con el tiempo se disgregaron y fundaron reinos divididos en tribus, como los judíos. Así lo encontró el pirata Woods Rogers cuando fue a cazar esclavos al norte de la isla.

Procrearon una descendencia numerosísima con las mujeres de Madagascar.

Cuando la escuadra de Rogers se divisó en la costa, fueron a recibirla escoltados como reyes, pero iban bircalzos y cubiertos con pieles sin curtir; los cabellos y las barbas les caían desordenados sobre sus cuerpos semidesnudos: “eran las más primitivas criaturas que la imaginación de un hombre es capaz de representar”, escribió Daniel Defoe.

Avery hizo una escala. Sobornó al gobernador de Boston para que le permitiera arribar con su botín y abastecerse, y después fue a Irlanda, donde vendió los barcos. Cada quien recibió su parte, excepto unas bolsas de cuero llenas de diamantes que el capitán escondió de la mirada de los demás caballeros de fortuna.

En Biddford entró en contacto con ciertos traficantes: entregó su tesoro; recibió a cambio unas cuantas monedas y la promesa de que enviarían a su domicilio el resto de la transacción, menos un pequeño descuento para gastos. Naturalmente, no recibiría nada. Avery fue estafado en tierra firme como poco antes él lo hiciera en alta mar. Ante esto sólo se le ocurría escribir cartas adoloridas; a vuelta de correo sólo recibía amenazas de

que lo delatarían por pirata y ladrón ante la Corte.

Se marchó a Inglaterra. Una vieja herida se infectó y debieron amputar la piedad derecha. A la leyenda conocida en Liverpool como Long Ben Avery, por su elevadísima estatura, le fueron indispensables una pantorrilla de madera en forma de cono y una descomunal muleta para apoyarse. Se dice que una tarde de otoño en que vagaba por los muelles en busca de conocidos que pudieran ayudarlo, se topó con uno de los usureros. El judío intentó huir. Avery arrojó como si fuera una lanza la enorme muleta, que partió en dos por la cintura al prestamista.

Se unió a la tripulación de un barco mercante, como mozo de cubierta, mientras su fama recorría el mundo: decían que estaba en un lujoso palacio de Oriente, erigido emperador de una monarquía; se llegó a representar una obra de teatro, *Successful Pirate*, que narraba sus proezas y en la que se le llama John Long Bridgeman –Avery también inspiraría a Long John Silver, el personaje de *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson.

Lo cierto es que vagaba por la niebla de Londres como un fantasma, cojo y hambriento. Murió solo y fue depositado en la fosa común. Se insiste en que su grandeza y fortuna son producto de la fantasía popular, y que realmente sus proezas no fueron tan notables. Lo cierto es que de ningún otro pirata se ha dicho más en todo el mundo.

SIR HENRY MORGAN Y ALEXANDRE EXQUEMELIN

Al arribar a la Tortuga, Alexandre Exquemelin fue hecho esclavo. Una combinación

de circunstancias le devolvió la libertad y se hizo miembro de una congregación de filibusteros al mando del legendario admirante L'onnois, quien acostumbraba limpiar la sangre de su espada con la lengua para seguir peleando y terminara sus días en el vientre de una tribu de caníbales.

Exquemelin se alistó más tarde en la escuadra de Henry Morgan y participó en los ataques a Campeche, Panamá y San Juan de Puerto Rico, pero su principal legado fue un extraordinario libro en el que presenta a los bucaneros en su dimensión más descarnada: sujetos reducidos a la miseria, tras breves períodos de buena fortuna; famélicos indigentes de los que Exquemelin prodiga minuciosos retratos de sus vidas disipadas, que oscilaron invariablemente entre el lujo y la desdicha.⁵

Relata por ejemplo un asalto, en el que él mismo intervino, a un navío procedente del Perú. Se apoderaron de un botín enorme de alhajas y reales de a ocho, pero lo disiparon en muy poco tiempo, según sus costumbres ordinarias, en los burdeles y en las tabernas.

La voz filibusteros deriva del inglés *fly-booters*, que los españoles no podían pronunciar pero le atribuían la acepción de pirata. Desarrollaron su poderío en las pequeñas islas del Caribe, aun cuando inicialmente se habían establecido como hombres de paz, sobreviviendo de la salazón de la carne de jabalíes y de curtir la piel de animales salvajes. Los sitios en que se hacían estas tareas se llamaban

en lengua caribe *boucanan*, de aquí su otro nombre: bucaneros.

El libro de Exquemelin define a estos aventureros como aquellos sujetos dueños de una extraordinaria capacidad para lograr fortuna, pero siempre incapaces de conservarla, súbditos del azar, entre la opulencia y la miseria. El bucanero que liberó a Exquemelin de la esclavitud, en la isla la Tortuga, gustaba de comprar una pipa de vino y ponerla en un paso muy frecuentado, a la vista de todos; entonces obligaba a los que pasaban a beber, amenazándolos con que si no, les daría un pistoletazo. Fue el bucanero que le enseñó el oficio de cirujano. Cuando era su aprendiz, vio cómo llegó a tener tres mil piezas de oro y cómo al cabo de tres meses fue vendido como esclavo por una deuda de taberna, la misma taberna en la que había gastado la mayor parte de su caudal.

Exquemelin menciona a Henry Morgan, uno de los personajes más renombrados en la historia de la piratería, al lado del que navegó un tiempo. Con la misma crudeza que los demás, aparece un Morgan cruel y desagradecido, que traicionó a sus hombres para conseguir una fortuna espectacular, un Morgan muy poco heroico que se avergonzaba de su pasado cuando lo nombraron lord y al que todos debían llamarlo Sir Henry.

El esclavo-bucanero-cirujano jamás perdonó la traición que Morgan infligió a los de su compañía: refirió los detalles de sus perfidias, sobre todo el que no indultara a los que cumplían el pago solicitado, y el que no esperara un tiempo más razonable antes de prender fuego a los puertos que asaltaban.

El 24 de febrero de 1671, Morgan zarpó a Inglaterra, abandonando a la mayo-

⁵ Se trata del clásico Alexandre Exquemelin, *Piratas de América*, en cuyo prólogo se advierte que la primera edición apareció en Amsterdam en 1678, pero que existe una versión francesa de 1686, que sigue un original distinto de la edición holandesa. La edición de Barral procede de esta última. Ver también J. y F. Gall, *El filibusterismo* y Hugo F. Rankin, *La edad de oro de la piratería*.

ría de sus hombres. Sus embarcaciones iban atestadas de oro. Poco antes había dicho a los habitantes de Panamá, que veían su ciudad consumirse:

—Espero que haya queda claro que cuando arribé a estas tierras no era mi plan establecer un tribunal para atender sus súplicas y sus plegarias, sino que vine con el exclusivo ánimo de encontrar dinero.

ANNE BONEY Y MARY READ

Anne Boney mató a su profesor de inglés para no seguir escuchando consejos acerca de cómo debe comportarse una chica decente. Tenía trece años. Desde entonces frecuentaba los muelles y los bares de Carolina, donde nació. A los dieciocho años ya se le identifica como atea, anarquista y pirata, y si bien no era el mejor ejemplo de castidad, tampoco estaba a disposición de cualquier malandro, como demuestra la vez que uno quiso tomarse libertades con ella y fue a parar a un hospital, por los golpes que recibió de Anne Bonney.

El pirata Rackman se enamoró de Anne Bonney desde la primera vez que la vio en los muelles de Carolina, pero el miedo que le inspiraba impidió que se acercara a ella. Años después, reunió valor y le propuso embarcarse con él, renunciar a su herencia y disfrazarse de hombre para acceder a la comunidad de los caballeros de fortuna.

En el barco de Rackman, Anne Bonney conoció a un reservado y muy joven pirata cuyo rostro era muy bello y sus cabellos muy rubios. Cierta noche, el capitán vio que entre Anne Bonney y el joven rubio se verificaba una conversación demasiado intensa. Atacó. El rival esquivó la em-

bestida, la espada rasgó la blusa y Rackman bajó el arma. La tripulación estaba inmóvil por el asombro. El dorso del aprendiz estaba al descubierto y revelaba su identidad, que no era otra que la de Mary Read.

Se hicieron amigas inseparables. Rackman dejó sus celos, no se sabe si con razón. El capitán Charles Johnson, autor del libro clásico atribuido a Daniel Defoe *Historia general de los saqueos y asesinatos cometidos por los piratas más notables, así como sus costumbres, su disciplina y sus leyes, desde su primera aparición y establecimiento en la isla de la Providencia en 1617, hasta el año de 1724*,⁶ refiere que Mary Read era la hija de una joven viuda, muy bella y muy alegre, que la vestía de hombre. Esto tenía como fin el reclamar la herencia que había dejado su difunto esposo: Mary Read haría el papel del hijo que nunca tuvo y a quien heredaba todos sus bienes.

A los diecinueve años, Mary Read se alistó en el ejército francés. Combatió en Flandes. Mantuvo en secreto su feminidad hasta el día en que descubrió el amor. La noticia de que dos compañeros de armas se amaran fue tan escandalosa que casi terminan en el paredón. Mary Read tuvo que renunciar al uniforme. Regularizaron

⁶ Hugo F. Rankin, *op. cit.*, escribe que el libro de Johnson constituye la estructura de cuantos libros sobre la piratería se han escrito desde la fecha en que se publicó, 1774, editado por Rivington, dueño de la editorial Bible and Crown, cuyo logotipo, precisamente una Biblia debajo de una corona, sigue siendo el sello de la casa. Se ha especulado que el autor que firmaba como Capitán Charles Johnson no era otro que Daniel Defoe, quien seguramente tuvo acceso a la correspondencia oficial de su tiempo, pues la información que ofrece se corrobora en distintos despachos oficiales y particulares.

su situación: a su boda asistieron generales y coroneles; recibieron muchos regalos y anunciaron su retiro, pues se dedicarían al comercio en París.

Así lo hicieron, pero el esposo de Mary Read murió muy pronto. La inactividad y la viudez le produjeron nostalgia por aquellos tiempos en que fue hombre. Se incorporó a un escuadrón holandés, para después desertar y alistarse en un buque mercante con rumbo a América. Este hecho uniría su nombre para siempre con el de Anne Bonney, ya que esa embarcación sería interceptada por la banda del capitán Rackman.

Anne Bonney y Mary Read tenían a bordo las mismas obligaciones que sus compañeros; cuando llegaba el momento, asaltaban, combatían y se les entregaba al final su parte del botín. Usaban casacas y pantalones de pirata, que les venían muy anchos; sus largos cabellos iban bajo rojas pañoletas de lunares; Mary Read se ataba a la nuca un parche de cuero que cubría uno de sus azules ojos. Ninguna manifestó escrúpulos ante la sangre.

Mary Read encontró a bordo un nuevo marido. De este matrimonio surgió una acción tierna y generosa inspirada en el amor: Mary Read desafió y mató a un pirata que había retado a duelo a su esposo; no podía arriesgarse a quedar viuda nuevamente.

Tras diez años de ejercicio en la piratería, Rackman y su banda fueron por fin apresados por la fuerza naval inglesa. Anne Bonney y Mary Read combatieron como nadie de su tripulación: cuando en el horizonte se divisaron las embarcaciones reales, gritaron desafortadamente que se acercaba el enemigo y llegaron a disparar en contra de sus ebrios camaradas, a quienes increpaban e insultaban.

El desastre culminó con un juicio en Kingstone. Ante el tribunal, Mary Read exigió su libertad porque iba embarazada. El juez concedió. Anne Bonney esperó en la mazmorra y luego solicitó el indulto por la misma causa. El juez aplazó la sentencia. Quince meses más tarde seguían esperando un bebé que no existía, pero esto dio tiempo de que, por influencia de su rica familia, Mary Read fuera liberada.

A Rackman lo ejecutaron el día siguiente de su aprehensión. Como última voluntad pidió visitar la celda de Anne Bonney, en donde sólo encontró regaños, desprecio e indiferencia:

–Efectivamente es una pena, como dices, terminar la vida de este modo, pero si hubieras defendido tu barco como un hombre, ahora no estarías a punto de morir como un perro■

BIBLIOGRAFÍA

- Defoe, Daniel. *Historias de piratas*. Barcelona, Bruguera, 1981.
- Exquemelin, Alexandre. *Piratas de América*. Madrid, Barral Editores, 1975.
- Gall, J. y F. *El filibusterismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- Gosse, Philip. *Historia de la piratería*. México, Centauro, 1946.
- Kipling, Rudyard. *Captains Corageus*. New York, Scholastics Book Service, 1974.
- Rankin, Hugo F. *La edad de oro de la piratería*. Madrid, Doncel, 1972.
- Schwob, Marcel. *Vidas imaginarias*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1973.
- Stevenson, Robert Louis. *La isla del tesoro*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1968.